

Vida, pasión y bohemia

de Julio Flórez

Escribe: ALBERTO MONTEZUMA HURTADO

Una meditación al rededor del tiempo puede, terminar en escalofrío, en el escalofrío que producen los fenómenos sobrecogedores, las alteraciones del orden natural en que la vida humana realiza su limitado movimiento. Porque aparte de las consideraciones de la filosofía, el tiempo tiene características insoslayables, una de ellas la implacabilidad de su dimensión infinita. Yo diría que a la vez que invade la existencia, la condiciona, la modela, la enciende para luego abandonarla en circunstancias de luz agotada, de valor definitivamente inservible. Y así lo hará siempre, en las alturas, en los estados intermedios y en las profundidades, y en esa acción impertérrita se manifiesta la naturaleza implacable del tiempo.

Contra la cual tratamos de luchar a veces, cuán vanamente, unos por adelantarla, otros por detener su silencioso, pero dramático avance. Hay edades urgidas de tiempo, como la adolescencia que se apura no propiamente por envejecer, sino por presentar más años de los que tiene; otras épocas del hombre quisieran en cambio, organizar contra el tiempo una adelante y quienes se empeñan en vivir hacia atrás, con intención decididamente infecunda en ambos casos, porque escrito está que toda voluntad ha de rendirse ante la disciplina inmutable del tiempo.

Si alguna concesión mínima su destino les hace a los hombres, es que logren darle persistencia a su recuerdo, que consigan llevarlo hasta el fondo de lo que se llama posteridad, un poco al socaire de los términos temporales. Pero de tan insigne favor no goza el hombre común, el que no hace más que vivir y en ocasiones reptar, si bien es cierto que los panteones y demás vestíbulos de la fama no son territorios abiertos y que a pesar de todo esfuerzo idealista no se borrarán jamás la jerarquía en el espíritu humano.

Por lo menos, algo hay en el tiempo que lo asimila a una composición musical con variaciones sobre el mismo tema; suele ser voluble, claro-oscuro y además, estar cargado de sorpresas. En el momento menos pensado haremos descubrimientos en la propia vida o en la vida del prójimo y nos

asombramos de los espacios recorridos, de cuanto los sucesos aportan de inverosímil, de las misma indolencia de que hemos rodeado su memoria. Un sentimiento así, de sorprendida incredulidad, sacudió mi adormecido poder de reminiscencia cuando no hace mucho me dí cuenta de que se están cumpliendo cien años de la aparición para la andanza terrestre, de un personaje que por la fuerza de su nombre me daba la impresión de que estuviera vivo, aunque para vivir una especie de vida suplementaria se calentara al sol, recibiera diariamente la visita de los doctores y hubiera de someterse a sus r cipes y prácticas de geriatria.

 Cien años!  Una centuria!  Un lapso aparentemente interminable durante el cual el universo se transforma muchas veces!  Pero quién ha de poner en duda la seriedad de la cronología! No cabe más recurso que aceptar, pues, que se ha cumplido un siglo del nacimiento de un señor que durante cincuenta y seis años sería conocido con el nombre de Julio Flórez y de quien muchísimos sujetos tan modernos como la electrónica y las excavaciones en la luna, no quieren acordarse ahora. Lo que humanamente se explica: tuvo una tonalidad distinta, no conoció la abstrusa metafísica que ellos aplican hoy a todos los instantes del pensamiento, vivió en otra fase del tiempo, ingenuamente, con un cierto estilo de violetas, sin la arrogancia ni la abstracción ni los laberintos existenciales del mundo contemporáneo.

Chiquinquirá, una legendaria población colombiana, cuna de nuestro admirado don Julio, ya no está dominada tan excesivamente por el partido conservador como en el pasado; el único dominio total que la Nación permite all  es el de Nuestra Señora del Rosario, famosa por su bondad y por la fe que suscita. En el año del Señor de 1555, un peninsular llamado Alonso de Narváez, pint  a la Virgen en colores vivos y en un cuadro que habría de sufrir un sinfín de vicisitudes, hasta tal punto que treinta años más tarde ni era cuadro ni era nada. Pero he aquí que a pesar de todo, una mujer humilde, María Ramos, sacó la artística ruina de la escombrera en que se hallaba y dio en rezarle con tal constancia y fervor que un día sus plegarias fueron atendidas y la pintura de la imagen se renovó ella sola, sin pincel ni  leos de retoque, espontánea, milagrosamente, tal como se conserva hoy.

Para impetrar su auxilio, en los melancólicos tiempos de la Patria Boba se la llevaron consigo las derrotadas tropas insurrectas del general Manuel Serviez; ningún buen servicio les prest , según consta en la historia, pero tampoco se lo hizo a don Sebastián de la Calzada y a otros empecinados realistas que imploraron igualmente su ayuda. En esa forma demostró Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá que en materia de contiendas y otras trapatiestas más o menos políticas, guarda la más estricta neutralidad. Otra actitud menos imparcial adoptaría frente a los problemas espirituales que le confiaran los colombianos, frente a sus dolores callados, sus anhelos no correspondidos, sus ensueños rotos. Y bajo su dulce alero nació Julio Flórez el 22 de mayo de 1867.

Como suele suceder con las inclinaciones, lo mismo que con el buen o mal carácter, la vena poética le vino a él desde sus alrededores familiares: Manuel de Jesús Flórez, inmediato pariente suyo, escribió un librito de

versos con el título **Rumores del Combeima**, y otros dos, Leonidas y Alejandro del mismo apellido, dejaron estrofas sentidas que sin duda el niño Julio oyó recitar y aprendió de memoria, con lo cual, desde su edad más temprana admitió a la lírica en su alma como quien siembra flores o recibe un huésped de incomparable distinción. Cabe en esas condiciones preguntarse: situado en medio de tan poética familia, ¿a qué oficio mejor podía acudir que al de hacer versos, aun para evitar toda doméstica disonancia?

Ignoro si nuestro don Julio ejerció jamás funciones reglamentarias de colegial; no parece que llegara hasta el diploma de bachiller; todo lo que hizo fue pasar de las orientaciones primarias a la lectura ávida de cuanto papel impreso cayera en sus manos. Más mérito así, alcanzar tanto brillo sin disciplinas ni pudilez. Lo que se sabe sin incertidumbre es que sus autores preferidos fueron los románticos franceses, encabezados por la figura majestuosa de Víctor Hugo. Se dice que fue su único maestro, su máxima aspiración, casi su ídolo, de tal manera que allende el mar y la desalentadora distancia, las **Hojas de otoño**, los **Cantos del crepúsculo**, las **Voces interiores** y muchas otras expresiones humanistas del creador de la escuela romántica de Francia, encontraron eco leal, repercusión honda y permanente en el huerto corazonario de Julio Flórez, preparado también por los dioses para sentimentales ejercicios de sensibilidad y poesía. La esfera del discípulo ignorado sería infinitamente más reducida que la esfera del maestro, pero no por sus limitaciones habría de carecer de riqueza de imaginación y sobre todo, de canteras emocionales tan variadas como los paisajes del mundo y otros que no se ven, pero que se sienten, desde luego que hacen parte de la naturaleza del alma. Hay una carta de don Tomás Carrasquilla a un su amigo de confianza, en que hace un retrato apasionado de nuestro lírida; a mí me parece excesiva la adjetivación y tan desorbitados los conceptos que podrían abrir camino a los malos pensamientos. Dice que la cabeza del poeta "es un poema por la expresión y por la belleza", que es "pálido con una palidez de perla y tan fino y satinado de tez, que parece cera esmerilada"; que "tiene ojeras violadas y unos ojazos rasgados con una pupila tan grande y de una negrura tan intensa, que se le forman focos de luz, como a los ojos de las Dolorosas... En toda esa figura tan idealmente hermosa y tan varonil, hay no sé qué de triste y enfermizo que encanta y ofusca al mismo tiempo... Pero ay! "es cincelado vaso de oro puro que solo flores agostadas guarda... Es un bohemio, un perdido, tormento de su pobre madre, y que vive una vida de iniquidades. Las mujeres dizque se mueren por él y lo mantienen. No las culpa". Con todo y los excesos retóricos, el poeta debió ser así para que el autor de la **Marquesa de Yolombó** le dedicara las anteriores y otras ditirámicas si que también sospechas expresiones. Desde luego, ambos, don Tomás Carrasquilla y Julio Flórez empinaban el codo en las mismas cantinas y les arrastraban el ala a las mismas cantineras, de tal modo que esa clase de elogios bien podía provenir de su bohemia y de su camaradería y explicarse solo así en el viejo "memorioso, conservero, lo que se llama un semanasanto" que según sus propias palabras fuera don Tomás.

No poseo minucias útiles acerca de la adolescencia de Julio Flórez, pero muy pronto lo reencuentro como miembro fundador y prominente del ce-

náculo literario que se recuerda con el nombre de "La gruta simbólica", organizado de manera imprevista en casa de don Rafael Espinosa Guzmán, entre los azares nocturnos producidos en Bogotá por la "Guerra de los mil días". Otro de los fundadores, don Luis María Mora, refiere que después de bulliciosa cuchipanda se refugiaron en aquella hospitalaria residencia varios ciudadanos liberales perseguidos por la ronda; eran todos literatos, nuestro don Julio entre ellos, y no les quedó más recurso que permanecer allí hasta la hora del sol, que no los hubiera alumbrado mejor detrás de las rejas de la cárcel. "La gruta simbólica" fue una forja de inquietudes durante la guerra civil y una rica fuente de estímulos para que más tarde la gente de letras del liberalismo contribuyera a aligerar el peso de la derrota. Al señor Mora citado, a quien sus noctámbulos consocios de la Gruta llamaban Moratín, le pertenece las palabras que vienen enseguida:

"...el socio de la Gruta que sobresalía entre todos era Julio Flórez, no por su ciencia, que no la conocía, ni por un lenguaje de elegante novedad, que no lo tenía, ni por el encanto de un arte afiligranado y complejo, sino por sus versos llenos de inspiración y por lo triste y melancólico de su vida que parecía marchita en plena juventud... Era de cuerpo delgado y regular y bien proporcionada estatura. Tenía la frente ancha y espaciosa, recta la nariz, sederos los cabellos de ébano, la boca sensual y unos ojos que "soñaban despiertos", grandes y adormidos y como interrogando extrañas lejanías... Julio Flórez consideraba la poesía como una cosa sagrada, y el poeta era para él una especie de divino sacerdote. Su ministerio de vate lo ejerció él con el amor y la veneración con que se obedece una misión providencial. Cantó dondequiera y a todo momento, como cumpliendo con un deber. Tenía algo de los profetas de Judea que templaban su lira a la sombra de los sauces de Babilonia, o de los rapsodas helenos o de los juglares de la antigua España, o de los bardos de Irlanda que andaban llorando las tristezas de la patria vencida. Le refería al pueblo sus pesares, o maldecía con él a los que consideraba sus tiranos, o anunciaba el advenimiento de la justicia. Era como un árbol que a la menor sacudida dejaba caer las flores de sus estrofas. Y no fue la prensa la que le dio más notoriedad, sino las recitaciones de sus fecundos cantos prodigados con maravillosa liberalidad en las altas y las bajas esferas de la sociedad, en los salones, en los clubs, en las cantinas y cafés, donde todos se extasiaban y enternecían a las cadencias de sus rimas... Para comprender qué cosa es un poeta popular, habría necesidad de volver a la época ya lejana de Julio Flórez. El poeta había llegado a lo más hondo del corazón de las multitudes, y las multitudes habían penetrado bien adentro en el alma del poeta. De otra manera no se habría realizado el milagro sin igual de que todo un continente cantara sus canciones y lo saludara como el más puro representante de sus íntimos sentimientos".

Todo aquello es de la más nítida evidencia, como también lo es que las canciones de Julio Flórez interpretaban las múltiples circunstancias del corazón humilde, del que no necesita de abstracciones o de metafísica para palpar y para sufrir; eran las voces del pueblo anónimo, mayoría perpetua en los padecimientos y en la desesperanza, que no conoce a Kafka ni a Neruda, ni tiene obligación de conocerlos y que no ha leído a Ulyses ni lo leerá jamás. Como personero de un sinfín de sentimientos puros y simples a la manera de las aguas de vertiente, conocían a Julio

Flórez los campesinos de todos los climas de Colombia y cantaban sus canciones casi siempre puestas en tono menor; también lo celebraba gente de fino encaje y alta estirpe, gente de minoría, no encandilada aún por las nuevas olas de la literatura, y a ciertos estudiantes, forzosamente revolucionarios, cuando menos inconformes y alzados en armas mentales contra la tradición y la rutina, nos impresionaba hondamente la imaginería melancólica del poeta y nos guiaba hasta las fronteras de la envidia su legendaria bohemia, tan semejante a una posición de absoluta independencia, a un desordenado y hermoso procedimiento para llevarles la contraria a la vida y a la costumbre.

Porque nuestro señor don Julio fue un bohemio empedernido. "La gruta simbólica" no se destacó precisamente por ser una escuela para el repaso del catecismo ni para la adquisición de hábitos y mentalidad de beaterio, y es seguro que de allí sacó el gusto de la noche y de las cosas que la noche ampara, que no son únicamente luna, estrellas y oscuridad. Y justamente, Flórez y sus amigos, todos poetas, solían aprovechar las noches de plenilunio para visitar los cementerios y darles extrañas serenatas a los muertos. Nunca se abrieron las fosas para que sus esqueléticos inquilinos bailaran otras danzas macabras al son de guitarras entristecidas, pero de todos modos y de acuerdo con el irrecusable testimonio de Moratín, "una melancólica música de cuerdas sonaba en la cripta. Algunas aves sacudían las alas en los cipreses; cruzaban de lejos las luciérnagas de los fuegos fatuos y la luna iluminaba los mármoles de las tumbas. ¡Eran serenatas singulares! ¡Eran confidencias con los sepulcros! Algunos inclinaban la frente contra los troncos de los árboles y meditaban. A veces Julio Flórez recitaba sus versos a Silva. Luego el grupo tornaba a la ciudad antes de que lo sorprendiese la claridad del día, y así terminaban las extravagantes visitas a tantos seres idos, ya libres de las cadenas de la carne".

Desde luego una noche como esas y cualquiera otra de versos, guitarras y buenas compañías no es, no puede ser una noche seca o apenas humedecida con anodinas aguas refrescantes; licores tuvo siempre en abundancia "La gruta simbólica" y a nuestro don Julio, a pesar de su redomada pobreza, no le faltaron nunca ni en las horas de inspiración, ni en las de la soledad, ni a lo largo de sus peregrinaciones que tampoco fueron interminables como las de un nómada o de un irredento, ni lo llevaron de un extremo a otro de la tierra; de todas maneras, según Moratín, se partió una vez trovadorescamente "como un mensajero de la poesía colombiana, un cantor privilegiado, salido de las mismas entrañas de la juventud. Su lira llevaba todos nuestros acentos y nuestros gritos, todos nuestros amores y nuestros presentimientos. Las multitudes se pusieron en pie para oír al ruiseñor de la patria y... sembraron de laureles las sendas del poeta".

Y he aquí, que un día alzó la tienda en Guatemala. Yo no sé qué sutil encanto tiene Guatemala para infinidad de colombianos; muchos arribaron a sus playas en épocas pretéritas y muchos arriban todavía, con los ojos encendidos y el pecho anhelante, como si estuvieran seguros de reconstruir allí un ensueño desmoronado, de recobrar alguna ilusión perdida. Puede ser por causa de afinidades imponderables, de viejas voces históricas todavía escuchadas en el fondo de la conciencia popular; la primaria verdad consiste en que no ocurre lo mismo en territorios in-

hóspitos, helados, incommovibles, donde el peregrino no encuentra lo que busca; no es muy factible que con su esperanza a cuestas un caminante enrumbe alegremente hacia las arenas de los desiertos. Sus esquivos biógrafos no dicen cuánto vivió aquí nuestro don Julio, ni cuál fue entonces su obra; debió ser profusa por los motivos que sin duda le brindaron la pródiga naturaleza, el estilo de la vida colectiva, la nostalgia de las razas conquistadas que asombran todavía con sus pétreas memorias.

De Guatemala pasó a México, para ser recibido a la manera de los príncipes por don Porfirio Díaz; no hubo allá mujer que no suspirara al escucharlo, ni hombres de letras que no buscaran afanosamente su amistad, ni gacetas periódicas que no se trenzaran en lid por el derecho de publicar sus poesías. Más tarde irá a España y también a París, un poco conturbado, un poco disminuído ante el portento de la "Ciudad luz" y la irradiación universal de sus leyendas. Quién sabe qué tensiones íntimas lo devolvieron muy pronto a Colombia, a su calidad de personaje característico de Bogotá y a sus camaradas de bohemia, a quienes lo mejor de la pléyade intelectual de Lutecia en los primeros años de este siglo, no hubiera logrado substituir en las urnas de su afecto. Fuera del prodigioso autor de *Nuestra Señora de París*, de *Los miserables* y de tantas cosas que aún se leen, se ven en la pantalla de los cines y no llevan traza de desaparecer nunca, nadie más de procedencia francesa inspiró al vate colombiano, tan espontáneo, inmenso, dueño de la ciudad y del bosque, de los salones de la sociedad y de los caminos solitarios, como una voz telúrica que ante nada desafina y que todo lo invade y conmueve.

La vida de Julio Flórez y su poesía están estrechamente unidas; la una se refleja en la otra como dos espejos animados que se contemplaran; el poeta es el mejor motivo de su arte, el tema intrínseco y resulta perfectamente aplicable a su caso una cita de Gabriel Marcel: "...la literatura no es otra cosa que la vida misma cuando en el alma de un hombre de genio alcanza su plenitud de expresión. Lejos de oponerse y contradecirse, la vida y la literatura están ligadas por el lazo más estrecho y más íntimo; son interdependientes... Sin la vida la literatura no tendría contenido; pero sin la literatura la vida solo sería una caída de agua ininterrumpida bajo la cual tantos de nosotros quedamos sumergidos, una caída de agua sin sentido que uno se limita a sufrir, porque es incapaz de interpretarla". A la vez nuestro bardo es un reflejo de las emociones del pueblo; las comprende todas y las canta como si fueran las suyas, como si el amor y el dolor colectivos fueran su dolor y su amor individuales. Su voz es la voz de las raíces, de la hierba y de la flor, de los corazones dominados por alguna tiranía de la ternura y aún la voz del mar que solloza y se muere en las playas a pesar de su majestad y de su poderío. No tendrá dificultad quien sepa de música en ver que la voz de Julio Flórez es toda melodía, sin exceso de pedales y arrebatos, inspirada irremediabilmente en los tonos menores, tan adecuados para el llanto y para las situaciones que se desprenden de todo triste amor.

Estaba predestinado para ser un sensitivo cantor de los diversos estados de la malaventura humana, los cariños infortunados, las sedes insatisfechas, las noches en blanco, los dramáticos momentos en que la vida se topa con la muerte, ni más ni menos que si fuera el encuentro de dos

adversarios en el anonimato de la calle. El suyo ha de ser el arte de lo melancólico, de la pasión que no es pasión si no conlleva un ingrediente de tristeza, un matiz de sufrimiento, una humedad de lágrimas; ha de ser un arte de las cosas anémicas, de la desolación y de los caminos sombríos, y para el artífice la existencia será alguna cosa así como el cumplimiento de una condena en un mundo poblado de angustias y de sepulturas, donde ser relativamente feliz es poco menos que imposible y donde la única forma de alcanzar una mediana tranquilidad consiste en acostumbrarse a la presencia invisible de la muerte.

Y el poeta se obsesiona con ella; siente que "algo se muere en él todos los días", es decir que está la muerte en su organismo, royéndole lentamente a la manera de una enfermedad discreta y prolongada; la canta dolorosamente en la persona de su madre difunta; la desafía en la sobrecogedoras estrofas de la composición titulada **Bodas negras** que yo no creo que alguien haya podido leer sin estremecimiento; a veces se abstrae de todas las fuerzas vitales sin saber "si es un muerto que sueña que está vivo o un vivo que sueña que está muerto". En el soneto a que pertenecen estas expresiones, hay cuatro versos que todos tienen para ser grabados en materia de privilegio como el mármol. Son los que dicen:

*"Más aún; oigo el paso de la vida
por la sorda caverna de mi cráneo,
como un eco de lava sin salida,
como un rumor de río subterráneo".*

En la totalidad de la obra de nuestro don Julio está el amor, pero más está la muerte, si no ella misma como una verdadera acción o fuerza incoercible, por lo menos en su habitual aparato y en sus símbolos: aquí está el osario, más allá la palidez de los cadáveres y el olor de los cirios; en otra parte el sudario de los muertos, el hielo de sus frentes, las cruces de los cementerios. Y establecida ya su familiaridad con la idea y la circunstancia real de la muerte, alguna vez ha de ironizar sobre la actitud de los seres humanos frente a ella:

*"Hermosa y sana, en el pasado estío,
murmuraba en mi oído, sin espanto;
yo quisiera morirme, amado mío,
más que el mundo me atrae el camposanto.
Y de fiebre voraz bajo el imperio,
moribunda ayer tarde me decía:
no me dejes llevar al cementerio...
¡Yo no quiero morirme todavía!
¡Oh, Señor... y qué frágiles nacimos!
¡Y qué variables somos y seremos!
¡Si la tumba está lejos... la pedimos!
¡Pero si cerca está no la queremos!"*

La vida es un constante desplazamiento; las edades se empujan unas a otras, los estilos se transforman y hasta las estatuas atardecen a pesar de su condición extática, cuando ya nadie repara en ellas ni menos inquiere

por lo que su bronce representa. Asimismo, el poeta se sintió de pronto desplazado; la vasta influencia de Silva, la maestría musical del señor don Rubén y aun la poética aristocracia de don Guillermo Valencia, miraron los plintos en que se asentaba su trono y comenzó a sentirse desterrado de sus glorias, en pleno exilio del mundo que durante largos años mantuvo hechizado con el arpa de su espíritu. "Ya poco o nada de mis glorias queda", dijo una vez, cuando se encontró incapacitado para adaptarse a las fórmulas nuevas y a los nuevos hallazgos; y cubierta su vida, esto es su poesía, por la inevitable neblina que sobre todos los hombres cae cuando suena su Angelus y penetran en la comarca del crepúsculo.

Yo no conozco Usiacurí; sé que es una aldea, probablemente un corregimiento o quizás alcance ya la juridicidad y categoría de municipio; pero puedo asegurar que el caserío se llenó de historia desde que allí vino a morar sin que yo sepa por qué razón, el gran hombre colombiano considerado como el último de los románticos. Se me podría tildar por exageración en los términos si digo que un emperador nacido en Córcega inmortalizó a Santa Elena, el pintor Gauguin una isla del Pacífico, Abdel Krim la isla de la Reunión; pero ¿qué de raro tiene que un altísimo poeta colombiano hubiera enaltecido la más oscura aldehuela de su país? Allí fue coronado como poeta nacional cuando ya pocos versos hacía y cuando en cambio, para subvenir a sus necesidades se ocupaba en la crianza de gallinas Orpington, aparte de servirles como perito en precios a los ganaderos de la región. Un poco materialistas sus últimos trabajos; ¡pero qué hacer! ¡No siempre las musas alimentan a sus elegidos!

Y allí, bajo un techo pajizo, a distancia infinita de su bohemia lírica y de sus posibilidades de armonía y de tristeza, una tarde cualquiera cierra los ojos para siempre nuestro amado y buen señor don Julio Flórez. No hay sol; el cielo está un poco gris; los pollitos de raza no pían ni sus orgullosas madres cacarean; la naturaleza está como asombrada por la visita de la muerte y

*"En tanto, como un fúnebre lamento
preñado de nostálgicas congojas,
un largo De Profundis canta el viento
¡entre los cortinajes de las hojas!"*

Ya próximo a entrar en agonía, con el pie alzado para pisar la línea de la sombra, Julio Flórez dictó a uno de sus hijos, sus últimos versos. Como muchos héroes de la humanidad quiso morir combatiendo con sus armas más amadas. Dicen así:

*"No, retira esa droga, que no luche
por más tiempo el doctor... ¡Es muy tenaz!
Ven, que el latido de tu pecho escuche.
Ven, acércate más.*

*"Díme, ¿quieres curarme? ¿Sí? Pues eso
fácil es y un remedio hay eficaz:
¡pon tu boca en mi boca y dáme un beso
que no acabe jamás...!"*